

VILASA VIVARTA

LA DICHA DEL ALMA

La vida, a veces, te regala maestros

RAMIRO CALLE



Editorial ELA

www.libreriaargentina.com

1

El médico jefe del departamento de Oncología Infantil solicitó hablar urgentemente con mi marido y conmigo. Nos recibió en una de las salitas de la planta. Tenía el semblante serio y contrariado. Era un hombre alto y espigado, de movimientos nerviosos y ojos vivaces y con el que llevábamos tratando hacía dos años, desde que enfermó nuestra hija Marta. Nunca le había visto tan demudado e inquieto.

Con un gesto de la mano nos invitó a sentarnos. Se tocó los cabellos, vacilante, y finalmente dijo:

-Marta ha empeorado.

Sentí que se me helaba la sangre y el corazón me palpitaba.

Ángel, mi marido, preguntó con voz entrecortada.

-Pero ¿ha empeorado mucho?

El médico miró más allá de nosotros, como evitando el encuentro con nuestros ojos, y dijo:

-Su estado es crítico. Ustedes saben cuánto me he interesado por este caso, por esta niña. Hemos hecho, y todavía estamos haciendo, todo lo posible, pueden creerme.

Se levantó y dio unos pasos por la sala, visiblemente afectado. Las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas y sentí la mano de Ángel sobre una de las mías.

Me faltaba la respiración. La verdad es que quería morirme en ese mismo instante.

-Me cuesta decirles esto -agregó el médico-, pero las esperanzas son muy escasas-,

Dejó caer los brazos como si se sintiera inerme. Estaba pálido.

-Uno nunca se acostumbra ni termina de aceptar estos hechos -dijo como para sí, y volvió a sentarse antes de añadir: Intentaremos todo, pero es inútil prolongar su vida si es para que sufra y no poder hacer nada.

Rompí a llorar desconsoladamente y oculté el rostro entre mis manos.

-Tengan al menos el consuelo de que no sufrirá nada a partir de ahora. La vamos a sedar si ustedes lo consienten. No tiene sentido que sufra. Es una niña muy inteligente y se da cuenta de su situación, por lo que también su mente la hace sentirse peor.

- No hay ya tratamiento eficaz posible? -preguntó Ángel balbuceando y esforzándose por no dejarse arrebatar por el llanto.

El médico negó con la cabeza, guardando un silencio plomizo que se me hizo insoportable. Los últimos rayos del sol penetraban por el ventanal. No podía dejar de llorar, aunque trataba de reponerme y controlarme. Sentí que Marta, mi Martita, era todo lo que de verdadero valor tenía en mi vida, mi razón de existir.

- ¿Cómo es que ha recaído? -pregunté entre sollozos-, ¿si nos dijeron que estaba muy bien, con expectativas reales de curación definitiva?

Ahora sí se cruzaron la mirada del médico y la mía. Vi en sus ojos el signo de la impotencia, un sentimiento de desconsuelo y a la par de insatisfacción.

-Nunca podemos estar seguros -dijo sin dejar de mirarme y tratando de mantener una firmeza profesional-. No nos movemos jamás con certezas. Incluso cuando han pasado años, la enfermedad puede no haber remitido y volver. Teníamos casi la seguridad de que Marta estaba en vías de total curación, pero... nunca se puede estar seguro. -Se encogió de hombros, como si le costara aceptar ese hecho contundente y atroz-. Las leucemias nos engañan, el cáncer en general nos engaña... Se ha avanzado, sí, pero no lo suficiente. Frustración tras frustración -afirmó con rotunda sinceridad-. Para un médico tener que dar una noticia así resulta, como

comprenderán, muy doloroso. Llevo trabajando con niños muchos años. Ni siquiera me permito preguntarme por qué pasan estas cosas.

Ángel se incorporó, como para poder contener la angustia que le atenazaba, y como si estuviera solo en la estancia empezó a pasearse. Después se detuvo de golpe y dijo:

-Pero durante meses, tras los ciclos, estuvo muy bien. Había recobrado la alegría, estaba muy vital y alborozada, parecía realmente curada. Sí, sabíamos que tenía que someterse a revisiones durante mucho tiempo, pero...

-Incluso -intervine- estaba más contenta que antes de enfermar, como si hubiera madurado y apreciara más cada momento de su vida infantil.

El médico seguía guardando silencio, escuchándonos. Sabíamos cuánto se había preocupado por Marta y que le había tomado verdadero cariño, igual que ella a él, a quien llamaba afectuosamente “el hombre de blanco”, por su bata blanca.

-O sea -dijo Ángel, desesperado- que no se puede hacer nada, que no hay ningún tratamiento ni lugar donde llevarla para salvarle la vida. ¡Y solo tiene nueve años! ¡Es atroz!

-No se puede hacer nada -confirmó el doctor, revisiéndose de firmeza, como si bajo ningún concepto quisiera volver a darnos falsas expectativas-. Pero podemos hacer que no sufra lo más mínimo. Su situación es muy crítica, como les he dicho.

- ¿Cuánto tiempo? -preguntó Ángel con gesto de no querer oír la cruda respuesta.

-Tres, cuatro días... Quizás incluso menos. Deben pasar a verla, ahora está semiinconsciente. Pueden quedarse con ella todo el tiempo que quieran. La niña estará sedada y notarán que se encuentra en un estado de completa paz.

El médico llamó a una enfermera y le pidió que nos acompañase a la habitación donde se hallaba Marta.

Entramos. La estancia estaba en penumbra y solo se

oía, rompiendo el absoluto silencio, el ruido de los aparatos médicos. Me acerqué a la cama y tomé entre las mías una mano de mi hija. Parecía afiebrada. Toqué su frente, ligeramente perlada de sudor. Estaba despierta y me miraba con sus grandes ojos claros, como los míos.

-Mamá -susurró sin dejar de mirarme fijamente-. Estoy mal, ¿verdad? Tengo mucho calor y me duele la espalda. Me siento muy floja. ¿Ha venido papá?

-Sí, sí, aquí está.

Ángel tomó entre las suyas la otra mano de Marta y dijo:

-Martita, mi cielo, aquí estamos, a tu lado. Estate tranquila. Enseguida se te quitará ese dolor de espalda y te sentirás muy bien.

Respiraba con dificultad. ¿Qué decirle a mi querida hija de nueve años en tales momentos? Era como si el mundo se me viniera encima. Había un rictus de tensión en su hermoso rostro.

-No tengo miedo -musitó con cierta dificultad-. Ahora estoy muy a gusto teniendo mis manos entre las vuestras.

Besé su frente, muy caliente, luego sus ojos y la punta de su naricita, con la que jugaba a veces fingiendo que me la comía. Esbozó una sonrisa en la que no había miedo, pero que sí evidenciaba malestar físico. Exhausta, aparentó trasponerse. Los minutos parecían tener una inmensa duración. De repente entró una enfermera de avanzada edad y nos pidió que saliéramos un momento.

Obedecimos y nos quedamos solos en el pasillo.

Ángel me tomó entre sus brazos y me abrazó; alcé los míos y rodeé su cuello, sintiendo su mejilla junto a la mía. Me di cuenta del abismo que reinaba desde hacía años entre nosotros y tuve la clara intuición de que él estaba percibiendo lo mismo. Nos queríamos profundamente, pero nuestro amor se había acabado hacía mucho tiempo; incluso juntos, era abismal la distancia que nos separaba.

Habían coincidido muchas razones para que diéramos por acabada nuestra relación, pero también se daban otras de

peso para perpetuar una situación que parecía no tener remedio. La razón de mayor peso era nuestra única hija, pero también que a pesar de ser tan distintos y de tener una gran incapacidad para comunicarnos, nos queríamos de verdad, y eso que desde hacía años nuestra relación de intimidad era un desastre y cada uno había tenido sus incursiones amorosas extramatrimoniales, sin que nunca nos lo hubiéramos confesado aun sabiéndolo ambos. Nuestros enfoques de la vida eran muy distintos, así como nuestros ritmos existenciales, y los dos nos sabíamos incomprendidos y en cierto modo desatendidos.

Tuvimos a nuestra hija -¡y cuánto celebramos que fuera niña!- en un último intento, tal vez, por restañar las heridas abiertas en nuestro matrimonio, el que nunca tendríamos que haber celebrado, porque la vida en común nos enseñó, con su rostro más despiadado y sin el menor pudor, hasta qué punto éramos diferentes y no poco incompatibles.

La enfermera salió y nos dijo:

-La hemos sedado. Estará muy tranquila. Tengan el consuelo al menos de que no sufre nada en absoluto.

Durante dos años había tratado con esta enfermera, profundamente humana y que siempre había demostrado un gran cariño por Martita. La animaba en todo momento, la acompañaba a la sala de juegos, la leía cuentos y la atendía con el mayor de los cuidados. Mi hija había llegado a quererla como a un miembro de la familia y tenía una confianza tan grande en ella que solo en sus palabras hallaba consuelo. Ambas habían quedado en que Adela, la enfermera, la llevaría a conocer su pueblo cuando Marta fuera una jovencita y entonces nadarían en un gran estanque de gélidas y tonificantes aguas, correrían tras las cabras, remontarían colinas y se tenderían en los prados apacibles entre frondosos bosques. Dos años en los que había habido lugar para la desesperación y la esperanza, para el abatimiento más doliente y la alegría, para la incertidumbre y el desconsuelo, así como para la confianza en la medicina y en las posibilidades de que Marta remontase la enfermedad que asomó el día que la encontra-

mos caída en el suelo del salón, exhausta y muy pálida, incapaz de encontrar un mínimo de fuerzas para levantarse. Tras las pruebas a que la sometieron, el diagnóstico fue tajante y extremadamente inquietante: una leucemia galopante, a sus siete años de edad recién cumplidos, cuando más feliz parecía sentirse por haber recibido como regalo un gato que se convirtió en su compañero inseparable y con el que hablaba muy a menudo. El minino parecía contestar a sus palabras con sus maullidos de diferentes intensidades. Lo llamó Bebé y cuando hubo de ser internada lloró desconsoladamente por no poder llevárselo a la clínica, donde habría de estar entrando y saliendo periódicamente a lo largo de dos años, para recibir continua atención médica y ciclos de quimioterapia.

Al principio, dentro del infortunio, pareció el destino sonreírnos cuando se comprobó que mi médula era compatible con la suya y pudieron hacerle así un trasplante que se presentó como muy alentador. Dos años después todo hacía suponer que estaba curada, aunque tendría que seguir con revisiones periódicas durante más tiempo. Recuperó la vitalidad, el contento, la alegría de vivir, el afán por pasar horas hablando con su gato y por jugar con sus compañeros de escuela. Y tanto Ángel como yo reemprendimos nuestras actividades profesionales y personales. En cierto modo, la enfermedad de Marta nos había unido más, pero también nos había distanciado. Volvimos ambos a dejarnos acaparar por la vida y sus circunstancias, a absorbernos en nuestros brillantes trabajos, a dejar de ir a casa a la hora de la comida y a perdernos otra vez en bagatelas y fruslerías como si nada hubiera sucedido. Pero el infortunio a todos nos acecha a la vuelta de la esquina, aunque invirtiendo mucho tiempo y energías en una carrera frenética por llegar ni siquiera sabía adónde y aun a costa de mi equilibrio emocional.

-Por favor, Ángel, avisa en el trabajo que faltaré estos días. Me quedaré con ella. Es mejor que tú vayas a descansar a casa y si surge algo yo te aviso.

-Me quedo contigo.

-No. Ve mejor a casa y déjame con ella. Te aviso en

cuanto sea necesario. Ya ves qué tranquila está ahora -dije, pero pensé que estaba en el umbral de una muerte cierta e inevitable, la muerte de mi única hija, en la que habíamos puesto todas nuestras esperanzas de que pudiera ayudar a nuestro matrimonio agrietado por tantas partes.

El me besó en la mejilla y dejó durante unos instantes un brazo sobre mis hombros.

-Vendré a primera hora de la mañana. Tampoco yo iré a trabajar estos días.

Nunca pensé que llegaríamos a este desenlace. Jamás pensamos que nos pudiera ocurrir a nosotros lo que a tantos. Mi hija había sido una niña aparentemente muy sana los primeros años de vida, con una gran alegría en el alma que impregnaba la luminosa expresión de su rostro y su comportamiento en general. Tras un parto muy difícil, donde casi nos perdimos la una a la otra, se convirtió en la razón principal de mi vida. Pero la situación de nuestro matrimonio no solo no mejoró, sino que Ángel y yo cada día nos comunicábamos más torpe y deficientemente, hasta que prácticamente dejamos de hacerlo.

Yo había dedicado en años anteriores mucho tiempo y esfuerzo a mi profesión, habiendo llegado a ser directora de una de las más importantes empresas de comunicación; por su parte, Ángel también destacaba en su trabajo. Lo que no podíamos darnos el uno al otro, lo que no podíamos siquiera darnos cada uno a nosotros mismos, lo buscábamos enfrascándonos más y más en nuestros respectivos trabajos y dejando que un muro impenetrable se levantase entre nosotros. Vino Marta a este mundo y pareció aproximarnos durante unos meses, pero volvimos a distanciarnos vertiginosamente hasta que la niña enfermó de gravedad. Surgió entonces entre nosotros otro tipo de vínculo, pero aun así sembrado de dificultades e incompatibilidades. No habíamos sabido soltarnos el uno al otro, tal vez por un amor mal entendido o por miedo al cambio, o porque tanta energía metíamos en nuestro trabajo que no disponíamos de otra para evitar que se perpetuase una situación muy insatisfactoria. Yo no me sentía casi

nunca comprendida y pensaba, quizá desmedidamente, que Ángel no me comprendía en ninguna de mis necesidades, y por tanto no las podía atender, y lo que es peor: a veces sentía como si menospreciase mis intereses vitales. Quizá sin sospecharlo siquiera, había entre nosotros una competencia de egos y una necesidad de autoafirmación por una y otra parte, que cada día nos separaba más.

Sostuve la manita de Marta entre las mías y la besé repetidas veces. Estaba, me parecía, cada vez más caliente, pero respiraba con tranquilidad y el sosiego se reflejaba en su hermoso rostro. Así transcurrieron las horas.

Los pensamientos no dejaban de asaltarme y no era capaz de ahuyentar ni por un instante la inmensa pena que me embargaba. Acaricié un centenar de veces aquel rostro pálido y lo besé repetidamente. Su llegada a este mundo fue una bendición tanto para Ángel como para mí, a pesar de que en principio habíamos decidido no tener hijos, pues ni él tenía instinto paternal ni yo maternal. En unos momentos tan amargos, no pude dejar de reprocharme no haber pasado más tiempo con Marta, a pesar de que siempre me desviví por ella, pero de tal manera nos absorbe la vida, a tal punto la vida nos vive para ella y nos impide vivir para nosotros, a tal extremo nos dejamos hipnotizar por las actividades y lo no esencial, que damos la espalda a lo más importante o no sabemos ser conscientes en el momento de su trascendencia.

Y ahí estaba yo, derruida, inerme, abrazada a mi hijita, sin poder ya sostener la menor esperanza y solo deseando que partiera sin el menor sufrimiento. La había tenido solo durante nueve años, y parte de ese tiempo lo había dedicado a brillar más y más en mi profesión y a apuntalar ansiosamente mi yo social, pudiendo así satisfacer toda clase de necesidades que en realidad no eran más que antojos superfluos, habiendo entrado en una demoledora carrera de salvaje competencia con los demás e incluso con mi marido y conmigo misma. Durante esos años de hiperactividad, solo había hallado paz junto a mi hija Marta, ensoñando a menudo cómo sería de jovencita, qué carrera emprendería, cómo viajaríamos jun-

tas por medio mundo y cómo seríamos siempre las amigas más íntimas y confiadas la una en la otra.

Al amanecer, el rostro de Marta parecía haberse hinchado y se había tornado mucho más pálido. La fiebre había aumentado. Cada pocas horas una enfermera revisaba la vía con sedación que le habían puesto. De repente la enfermera avisó a un doctor, que examinó a Marta y dijo:

-No le quedan muchas horas.

Creí volverme loca. Mientras una persona está en su cuerpo siempre queda la esperanza de que pueda sobrevivir. Telefoneé a Ángel, que llegó poco después. Nos abrazamos llenos de angustia a los pies de la Cama de la niña. Prorrumpimos en un llanto que tratábamos de contener. Me di cuenta de cuánto quería a mi marido y a la par de qué distantes estábamos el uno del otro, y percibí que él experimentaba lo mismo.

Por un lado nos éramos muy cercanos, y por otro, muy lejanos. Nos habíamos querido mucho, pero no habíamos sabido querernos bien, y tampoco habíamos encontrado la manera de armonizar o conciliar muchas de nuestras motivaciones e ideales vitales. A menudo yo había vivido sus deseos y él los míos, uno en detrimento del otro. Pero estábamos fundidos en un estrecho abrazo, como si ambos supiéramos muy dolorosamente que al perder a nuestra amada hija también nos estábamos perdiendo irremisiblemente el uno al otro. ¿O acaso no nos habíamos perdido ya hacía mucho tiempo y vivido años como extraños, quizás él dándole lo mejor de sí a alguna de sus amantes y quizá yo haciendo otro tanto con alguno de los míos?

Como Ángel era un hombre muy atractivo y con muchos encantos para cualquier mujer, siempre había sido perseguido incluso por jóvenes a las que duplicaba la edad. A veces yo había sentido en lo más hondo de mí cómo se debatía entre el enamoramiento a una de esas jóvenes y su profundo cariño hacia mí, que finalmente siempre solía triunfar, pero sin tener la suficiente capacidad para que pudiéramos comunicarnos de ser a ser.

Ángel sacó el pañuelo y me enjugó las lágrimas con infinita ternura. Cogí una de sus manos, aquellas que cuando le conocí llegaron a convertirse en uno de mis fetiches y a las que yo consideraba muy especiales, y la besé. Estaba exhausta y me sentía incapaz de sobrellevar aquella pesadilla insostenible.

Nos sentamos uno a cada lado de la cama de nuestra hija, cada vez más pálida y febril. De repente se abrió la puerta y entró el médico jefe del departamento, visiblemente atribulado.

-No sufre nada -nos dijo-. Se está yendo.

Besé repetidas veces la frente de mi niña mientras Ángel besaba una de sus manitas. Su respiración era ya imperceptible. Se extinguió sin que apenas pudiéramos darnos cuenta, salvo cuando el médico dijo:

-Nos ha dejado.

No me quedaban lágrimas en ese momento, todas las había vertido desde que Marta enfermara dos años atrás.

¿De qué habían servido tantos esfuerzos y sacrificios por parte de ella, tanta fortaleza anímica, tanto empeño por seguir viviendo y seguir teniendo a sus padres, a los que tanto amor profesaba? ¿De qué haberla sometido a los tratamientos más avanzados y haber consultado a los médicos más avezados en leucemia infantil? ¿De qué esos ciclos de quimioterapia que había tenido que soportar y el pasar días y días en la planta de Oncología viendo el deterioro atroz de otros niños?

Me derrumbé. Estaba como si me hubieran sacado el alma del cuerpo y no podía reponerme, pero sin una lágrima, sin una palabra, sin un lamento.

Una enfermera nos dijo:

-Por favor, salgan un momento que vamos a limpiarla.

Antes de abandonar la habitación miré el cuerpo, ya cadáver, de Martita. ¿Dónde se habían ido esos nueve años de amorosa convivencia con mi hija? Ahora parecían un espejismo, un sueño, una irrealidad.

Por mi trabajo, yo sabía que todo se compra y se vende en esta sociedad donde todo hiede, donde todos nos

desgañitamos para vender nuestro producto y convencer a los otros de que el nuestro es el mejor, recurriendo si es necesario a la burda mentira, al falseamiento más imperdonable, a toda suerte de falacias. Todo se compra y todo se vende en una sociedad, pensaba en esos fatales instantes abrazada por mi marido, donde nos comportamos como buitres despedazando a los demás, sin el menor respeto, sin que los otros cuenten como criaturas que sienten. Y en esos momentos amargos, donde uno lo único que desea es irse tras el ser querido y morir con él, vienen los enojosos trámites de la funeraria, de tomar la decisión de si incineras o entierras el amado cuerpecito de tu hija, de tener que someterte a los dictados de lo que asfixiantemente rige incluso cuando uno muere.

Nos avisaron para entrar a ver el cuerpo, ya aseado, de Martita. Parecía dormir. Volvimos a acariciarla y a besarla. Recorrí lentamente, con la yema de mis dedos, cada milímetro de ese cuerpo que se iba enfriando, el que había sido el cuerpo de mi hija solo durante nueve años; ese cuerpecito que ahora nos dejaría para siempre y cuyo rostro en años posteriores tendríamos que recordar a través de las fotografías de sus juegos y sus cumpleaños.

Y un hombre que más bien se comporta como una máquina, totalmente robotizado y más allá de cualquier sentimiento, te saca una lista de precios para que elijas entre sus ofertas, optes por la inhumación o la cremación. Un buitre tratando de lucrarse tanto como pueda de los deudos, mostrándote insensiblemente los catálogos, con fotos precisas de sus servicios, y urgiéndote a que tomes una decisión. Como el que vende artículos deportivos, tratando de convencerte de la mejor calidad-precio, preguntándote cuántas coronas incluye, resaltando las cualidades de un tanatorio con grandes salas refrigeradas y aseos primorosos, silencio asegurado, cómodos sillones para los asistentes y, como detalle-obsequio, el responso del sacerdote. La vida te ha sustraído lo mejor que te había dado, y sin embargo tienes que someterte a horribles trámites funerarios, deshumanizados hasta grados espantosos, por los que necesariamente uno tiene que amargamente pasar.

No soportaba imaginar el cadáver de mi amada hija pudriéndose día a día, ese cuerpecito que yo bañaba y aromatizaba cada noche, y al que luego daba un masaje con cremas perfumadas y enfundaba en su pijama de vivos colores. Por eso opté por la cremación, por que fuera incinerada y poder luego arrojar un día sus cenizas allí donde creyera oportuno o me dictara el corazón.

Uno de los médicos jóvenes que también había atendido a Marta, demudado, se acercó para expresarnos sus condolencias. Se le veía realmente afectado. Dijo lacónicamente.

-Hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano. La medicina no es infalible. Fracasamos con frecuencia.

Se encontraba tan apesadumbrado que no nos miraba de frente.

Ángel y yo estábamos cogidos de la mano. En esos instantes ambos sabíamos hasta qué punto nos habíamos querido y nos queríamos, pero también teníamos la lacerante certeza de que el vínculo que todavía nos unía en vida, Marta, se había quebrado. Nos miramos penetrantemente en silencio. Su mirada era bella e intensa. Tal vez nunca nos habíamos aceptado el uno al otro. Quizá nos habíamos juzgado demasiado y perdido en expectativas inciertas. Me abracé a él con una fuerza enorme, como si quisiera fundirme con su cuerpo y su alma, y le dije al oído.

-Siempre te he querido, siempre te querré.

Ambos sabíamos que era el final de nuestro matrimonio, sin más palabras. Vi que sus ojos se humedecían con lágrimas contenidas. Me acarició el pelo y creí que iba a decirme algo, pero guardó un silencio que me pareció atronador. Cogió mis manos, las aproximó hacia sí y las besó.

La noche, implacable y fría, caía como una experta y atroz torturadora. Nunca sentí la vida como una carga tan pesada como en ese momento, y nunca tuve una certidumbre tan lacerante de que la existencia me había vivido más que yo vivirla. Era una mujer de cuarenta y cinco años y madre tardía. ¿Qué hacer a partir de ese momento?

Estaba tan confusa y exánime que de haber creído en

un ser más elevado, le habría rezado y suplicado una orientación. Marta había sido concebida en París. Pudiera ser que hacia allá dirigiese mis pasos por un tiempo, como para sentirla más cerca. Tuve la sobrecogedora certeza de que ya no me servía mi anterior forma de vida ni ninguna de sus pautas, patrones, motivaciones o intereses. Había caído, como millones de personas, en la trampa, persiguiendo reflejos que cada día me alejaban más de mí y agudizaban mi vacío existencial, el que nadie ni nada puede llenar. Durante años había tenido una rara habilidad para auto-engañarme y proponerme objetivos que en realidad no me interesaban y eran los de otros, pero al identificarme tanto con ellos llegaba ilusoriamente a tomar como propios.

Dos días después telefoneé al dueño de mi empresa para decirle que de momento me desconectaba de ellos y me iba de viaje por tiempo indefinido. Ángel me acompañó aquel día neblinoso a la estación y me ayudó a subir el equipaje al tren. En el estribo, antes de que sonase el silbato del convoy, nos abrazamos.

-Resuelve tu vida como lo sientas -dije-. Sé generoso contigo mismo. Sintámonos liberados de cualquier compromiso, ¿de acuerdo, Ángel?

Asintió con la cabeza. Me miré en sus hermosos ojos ambarinos y lo abracé fuertemente, sintiendo su entrecortada respiración. Tomó mi rostro entre sus manos y me besó en las mejillas y la frente.

-Tienes que cuidarte mucho -dijo:

-Y tú. ¿Me lo prometes?

-Lo intentaré.

Un instante de silencio en la atestada y ruidosa estación. Un silencio que era nuestro, que nos pertenecía, que hablaba sin palabras, que demostraba su poder para por un instante comunicarnos como tal vez no lo habíamos hecho en años.

-Nos hemos hecho mucho daño -dije.

-Inexcusablemente -aseveró tajante-. Lo siento.

-Y yo. No sabes cuánto. No hemos sabido compren-

ernos ni tratarnos debidamente. Hemos sido corteses, sí, muy civilizados, pero incapaces de dar el verdadero, salto de un alma a la otra.

La gente iba subiendo al tren.

-Te amé apasionadamente -dijo-. Como a nadie, no tengas dudas.

-Y tú fuiste el amor de mi vida -aseguré con la mayor sinceridad-. Pero ¿de qué sirve tanto amor si no supimos cómo encauzarlo?

Se quedó unos instantes pensativo y cabizbajo.

-No es tarde para buscarse a uno mismo -añadí-.

Nunca es tarde, Ángel. Tú también debes tratar de hacerlo, aunque a veces haya que sacrificar no poco de sí mismo.

-No sé por dónde empezar -dijo casi secamente, con franqueza-. No tengo ni la menor idea.

-Ni yo -admití-. Hemos tenido una hija maravillosa -agregué de forma inesperada-, verdaderamente maravillosa. Creo que tenía lo mejor de cada uno de nosotros.

-Menos mal que no lo peor -bromeó, pero sintiéndose triste y abatido-.

A continuación añadió:

-Carlota, sin ti me sentiré perdido, seguro.

-Ya hemos estado perdidos, querido mío. A veces uno tiene que perderse del todo para empezar a buscarse. Y no creo que sean meras palabras, ¿sabes?

Volvimos a abrazarnos. Nos queríamos mucho, pero nos gustábamos poco y menos nos comprendíamos.

-¿No puedes reflexionar unos días más? -preguntó dubitativo.

-No. He dejado en casa parte de las cenizas de Marta y me llevo otra parte. Te escribiré. Sabrás de mí, pero no estés expectante ni te extrañes o angusties si pasa el tiempo.

-Confío en ello.

Sonó el silbato del tren. Sus labios trémulos rozaron fugazmente los míos. Mi memoria saltó muchos años atrás, cuando nos conocimos siendo unos jóvenes voluntarios en

una ONG y nada más verle me enamoré de su mirada penetrante, la vital energía que entonces tenía y todo lo impregnaba, su seductora manera de expresarse.

-¿Estás ausente? -preguntó.

-No, precisamente, estaba en ti.

-Ya te estoy echando de menos -susurró en un último abrazo, haciéndome sentir sus labios temblorosos en la oreja.

Subí al vagón. Me senté en mi compartimiento y ni siquiera quise mirar por la ventanilla para no verle y flaquear. Entorné los párpados y tuve la sensación de que todo aquello no me estaba sucediendo a mí y, sobre todo, de que mi hija no podía haber muerto. Pero mientras visité el hospital durante los dos años de su enfermedad, muchos de sus compañeros y amiguitos allí murieron. Una crueldad espantosa e inexplicable. ¿Dónde iba yo a encontrar la paz que tanto tiempo me había faltado? ¿Habría algún lugar donde reconciliarse con uno mismo y con una vida misteriosa y a veces atroz?

El convoy se puso en marcha. Una soledad inmensa, arrolladora, abisal, me acechaba, y para combatirla me puse a tararear una nana que a Marta la hacía muy feliz y la tranquilizaba aun en los peores momentos de la enfermedad, y también ejerció en mí el extraño efecto de serenarme un poco y hacerme sentir más segura.